

el célebre experimento de Bacon de Verulamio, que citamos en las paradojas físicas, número 27 y siguientes (*).

§ IV.

Oponen, lo segundo, los contrarios, que siendo el fuego uno de los cuatro elementos, se le debe señalar sitio ó lugar determinado, como le tienen la tierra, el aire y la agua; luego no teniéndole acá abajo, se le debe señalar allá arriba.

Respondo, lo primero, que este argumento procede sobre un supuesto muy dudoso, esto es, que el fuego sea elemento; nadie ignora cuánto ha estado y está en opiniones cuáles sean los verdaderos elementos de los mixtos, y cuánta variedad de sentencias hay en esta famosa cuestión. Respondo, lo segundo, que no en cualesquiera circunstancias se infiere la consecuencia de unos elementos á otros. En toda la naturaleza no se encuentran tierra ni agua elementales puras. Con todo, no querrán los contrarios que no haya fuego elemental puro, pues sobre eso reñimos ahora. Del mismo modo, pues, de que los otros tres elementos tengan lugar determinado, no se infiere que le tenga el fuego. La disparidad está en que el fuego, á distinción de los demás, necesita de pábulo, el cual no puede tener en el lugar que los contrarios le señalan; ántes es preciso que se mezcle con los otros tres elementos para cebarse en ellos.

(*) Alude á uno de los discursos del primer tomo, omitido en esta edición.

MAPA INTELECTUAL Y COTEJO DE NACIONES.

§ I.

No es dudable que la diferente temperie de los países induce sensible diversidad en hombres, brutos y plantas. En las plantas es tan grande, que llega al extremo de ser en un país inocentes ó saludables las mismas que en otro son venenosas, como se asegura de la manzana pérsica. No es menor la discrepancia entre los brutos, en tamaño, robustez, fiereza y otras cualidades, pues además de lo que en esta materia está patente á la observación de todos, hay países donde estos ó aquellos animales degeneran totalmente de la índole que se tiene como característica de su especie. Produce la Macedonia serpientes tan sociables al hombre, si hemos de creer á Luciano, que juegan con los niños y dulcemente se aplican á chupar en su propio seno la leche de las mujeres. En Guregra, montaña del reino de Fez, son, según la relación de Luis de Mármol en su descripción de la África, tan tímidos los leones, de que hay gran número en aquel paraje, que los ahuyentan las mujeres á palos, como si fuesen perros muy domésticos (1).

(1) Siguiendo la opinión común, dijimos en este número, que

Respondo, lo tercero, que no es difícil señalar lugar propio al elemento del fuego, y de hecho ya muchos se le señalaron, aunque con harta diversidad. Los astrónomos modernos, que de común acuerdo convienen en que el sol es formal y verdadero fuego, señalan por sitio propio de este elemento todo el espacio que ocupa el cuerpo solar. Otros filósofos constituyeron el lugar principal del fuego en las íntimas entrañas de la tierra, donde dicen hay un pirofilacio grandísimo ó depósito inmenso de llamas, que en varios ramos se difunde y comunica á los conceptáculos de los muchos volcanes que hay en la superficie de la tierra. Sobre que se puede ver el padre Kircher en su *Segundo viaje exótico*, y Baile en el segundo tomo de física.

Oponen, lo tercero, la generación de los cometas y otros meteoros ígneos en la suprema región del aire. Respondo, que también en las otras dos regiones se engendran, sin que en ellas haya fuego formal antecedentemente á su formación, como en la región media los rayos, y en la ínfima los fuegos fatuos. Como se producen estas llamas, ora sea por antiperistasis, ora por la violenta fermentación de materias heterogéneas inflamables, tratan en su lugar los filósofos. Ni ahora es razón detenernos en esto. Añado, que los cometas es muy incierto que se engendren en la suprema región del aire. A lo menos es cierto que los que pudieron ser registrados con más exactas observaciones, se halló estar colocados sobre el cielo de la luna.

Si no es tanta la diferencia que la diversidad de países produce en nuestra especie, es por lo menos bastante notable. Es manifiesto que hay tierras donde los hombres son, ó más corpulentos, ó más ágiles, ó más fuertes, ó más sanos, ó más hermosos, y así en

la manzana pérsica que nosotros, hecho substantivo el adjetivo, llamamos pérsico, es venenosa en la Persia. Esto es un error común, que viene muy de atrás, pues ya en Columela se halla escrito, como creído de el público:

*Stipantur calati, et pomis, que barbara Persis
Miserat (ut fama est) patris armata venenis.*

Plinio, poco posterior á Columela, estaba desengañado de el error; pues en el libro xv, capítulo xiii, hablando de las manzanas pérsicas, dice: *Falsum est, venenata cum cruciatu in Persis gigni*. Mas no por eso dejó de pasar el engaño á otros escritores, que le mantuvieron, y aún mantienen en el vulgo. Este error vino de la equivocación de tomar por manzana pérsica, ó por su árbol, otro árbol ó fruto llamado *persea*, de el cual dicen algunos autores, que siendo venenoso en Persia, fué trasladado á Egipto por no sé qué rey para castigo de delinquentes; pero en el suelo de Egipto perdió su actividad. No sólo Plinio, mas Dioscórides, Galeno y Mathiolo deshicieron la equivocación, hablando de el pérsico y de la *persea* como plantas diversas. Plinio añade, que la *persea* no se denominó así por haber sido transferida de la Persia, sino porque el rey Persico la plantó en Menfis.

todas las demás cosas que dependen de las dos facultades, sensitiva y vegetativa, comunes al hombre y al bruto. Aún en naciones vecinas se observa tal vez esta diferencia.

A las distintas disposiciones del cuerpo se siguen distintas calidades del ánimo; de distinto temperamento resultan distintas inclinaciones, y de distintas inclinaciones distintas costumbres. La primera consecuencia es necesaria; la segunda defectible, porque el albedrío puede detener el ímpetu de la inclinación; mas como sea harto común en los hombres seguir con el albedrío aquel movimiento que viene de la disposición interior de la máquina, se puede decir con seguridad, que en una nación son los hombres más iracundos, en otra más glotonos, en otra más lascivos, en otra más perezosos, etc.

No menor, ántes mayor, desigualdad que en la parte sensitiva y vegetativa, se juzga comúnmente que hay en la racional entre hombres de distintas regiones. No sólo en las conversaciones de los vulgares, en los escritos de los hombres más sabios se ve notar tal nación de silvestre, aquella de estúpida, la otra de bárbara; de modo que llegando al cotejo de una de estas naciones con alguna de las otras que se tienen por cultas, se concibe entre sus habitantes poco menor desigualdad que la que hay entre hombres y fieras.

Estoy en esta parte tan distante de la común opinión, que por lo que mira á lo substancial, tengo por casi imperceptible la desigualdad que hay de unas naciones á otras en orden al uso del discurso. Lo cual no de otro modo puedo justificar mejor que mostrando que aquellas naciones, que comúnmente están reputadas por rudas ó bárbaras, no ceden en ingenio, y algunas acaso exceden á las que se juzgan más cultas.

§ II.

Empezando por Europa, los alemanes, que son notados de ingenios tardos y groseros (en tanto grado, que el padre Domingo Boursio, jesuita francés, en sus conversaciones de Aristio y Eugenio, propone como disputable, si es posible que haya algun bello espíritu en aquella nación), tienen en su defensa tantos autores excelentes en todo género de letras, que no es posible numerarlos. Dudo que el citado francés pudiese señalar en Francia, aún corriendo los siglos todos, dos hombres de igual estatura á Rabano Mauro y Alberto el Grande, gloria el primero de la religión benedictina, y el segundo de la dominicana. Fué Rabano Mauro (omitiendo, por más notorios, los elogios de Alberto) astro resplandeciente de su siglo, y el supremo teólogo de su tiempo. Estos epítetos le da el cardenal Baronio. Fué varón perfectísimo en todo género de letras. Así le preconiza Sixto Senense. El abad Trithemio, después de celebrarle como teólogo, filósofo, orador y poeta excelentísimo, añade, que Italia no produjo jamás hombre igual á este; y no ignoraba Trithemio ser parto de Italia un santo Tomas de Aquino. ¿Qué sugetos tiene la Francia que excedan al mismo Trithemio, venerado por Cornelio Agripa; á nuestro abad Ruperto, al padre Atanasio Kircher, quien, según Caramuel, fué

divinitus edoctus; al padre Gaspar Schotti, y otros que omito. Ni se debe callar aquel rayo, ó torbellino de la crítica, terror de los eruditos de su tiempo, Gaspar Scioppio, que de la edad de diez y seis años empezó á escribir libros, que admiraron los ancianos. Señalamos en este mapa literario de Alemania sólo los montes de mayor eminencia, porque no hay espacio para más.

Los holandeses, á quienes desde la antigüedad viene la fama de gente estúpida, pues entre los romanos, para expresar un entendimiento tardísimo, era proverbio: *Auris batava*; «orejas de holandes,» tienen hoy tan comprobada la falsedad de aquella nota, y tan bien establecida la opinión de su habilidad, que no cabe más. Su gobierno civil y su industria en el comercio se hacen admirar á las demás naciones. Apenas hay arte que no cultiven con primor. Para desempeño de su política y su literatura bastan en lo primero los dos Guillelmos de Nasau, uno y otro de profunda, aunque siniestra, política; y en lo segundo, aquellos dos sobresalientes línces en humanas letras, aunque topes en las divinas, Desiderio Erasmo y Hugo Grocio. Así que, en esta y otras naciones se llamó rudeza lo que era falta de aplicación. Luégo que se remedió esta falta, se conoció la injusticia de aquella nota.

Esto es lo que se vió también en los moscovitas, cuyo discurso está, ó estaba poco há tan desacreditado en Europa, que Urbano Chevreau, uno de los bellos espíritus de la Francia de este último siglo, dijo, que el moscovita era *el hombre de Platon*. Aludia á la defectuosa definición del hombre que dió este filósofo, diciendo, que es un animal sin plumas, que anda en dos piés: *Animal bipes implume*; lo que dió ocasión al chiste de Diógenes, que después de desplumar un gallo, se le arrojó á los discípulos de Platon dentro de la academia, gritándoles: «Veis ahí el hombre de Platon.» Quería decir Chevreau, que los moscovitas no tienen de hombres sino la figura exterior. Mas habiendo el último czar, Pedro Alezowitz, introducido las ciencias y artes en aquellos reinos, se vió que son los moscovitas hombres como nosotros. Fuera de que, ¿cómo es posible que una gente insensata se formase en dilatadísimo imperio, y le haya conservado tanto tiempo? El conquistar pide mucha habilidad, y el conservar, especialmente á la vista de dos tan poderosos enemigos como el turco y el persa, mucho mayor. No ignoro que es la Moscovia parte de la antigua Scitia, cuyos moradores eran reputados por los más salvajes y bárbaros de todos los hombres, y con razón; pero esto no dependía de incapacidad nativa, sino de falta de cultura, de que nos da buen testimonio el famoso filósofo Anacharsis, único de aquella nación que fué á estudiar á Grecia. Si muchos scitas hubieran hecho lo mismo, acaso tuviera la Scitia muchos Anacharsis.

§ III.

En saliendo de la Europa, todo se nos figura barbarie: cuando la imaginación de los vulgares se entra por la Asia, se le representan turcos, persas, indios, chinos, japones, poco más ó menos como otras tantas con-

gregaciones de sátiros ó hombres medio brutos. Sin embargo, ninguna de estas naciones deja de lograr tantas ventajas en aquello á que se aplica, como nosotros en lo que estudiamos.

No es tanto el aborrecimiento de las ciencias ni tanta la ignorancia en Turquía como acá se dice, pues en Constantinopla y en el Cairo tienen profesores que enseñan la astronomía, la geometría, la aritmética, la poesía, la lengua arábiga y la persiana. Pero no hacen tanto aprecio de estas facultades como de la política, en la cual apenas hay nación que los iguale, ni sutileza que se les oculte. El viajero monsieur Chardin, caballero inglés, en la relacion de su viaje á la India Oriental, dice, que habiendo conversado, en su tránsito por Constantinopla, con el señor Quirini, embajador de Venecia á la Porta, le aseguró este ministro que no habia tratado jamas hombre de igual penetracion y profundidad que al visir que habia entónces; y que si él tuviese un hijo, no le daria otra escuela de política que la corte otomana. Son primorosísimos los turcos en todas las habilidades de manos ó ejercicios del cuerpo, á que tienen aficion. No hay iguales pendolarios en el mundo, y este ha sido motivo de no introducirse en ellos el artificio de la imprenta. Asimismo son los más ágiles y diestros volatines de Europa. Cardano refiere maravillas de dos que vió en Italia, de los cuales el uno se convirtió á la religion católica y vivió muy cristianamente, aunque continuando el mismo ejercicio; con lo cual desvaneció la sospecha introducida en el vulgo, de que tenia pacto con el demonio. La destreza en el manejo del arco para disparar con violencia la flecha subió en los turcos á tan alto punto, que se hace increíble. Juan Barclayo, en la cuarta parte del *Satiricon*, testifica haber visto á un turco penetrar con una flecha el grueso de tres dedos de acero; y á otro, que con la asta de la flecha sin hierro, taladró de parte á parte el tronco de un pequeño árbol. En el arte de confeccionar venenos son tambien admirables: hácenlos, no sólo muy activos, pero juntamente muy cautelosos. El tenue vapor que exhala al desplegarse un lienzo, una banda ó una toalla, fué muchas veces entre ellos instrumento para quitar la vida, enviando por vía de presente aquella alhaja: arte funesta y execrable. Pero, así como prueba la perversidad de aquella gente, da testimonio de su habilidad en todo aquello á que tienen aplicacion (1).

Los persas son de más policía que los turcos: tienen colegios y universidades, donde estudian la aritmética, la geometría, la astronomía, la filosofía natural y moral, la medicina, la jurisprudencia, la retórica y la poesía. Por esta última son muy apasionados, y hacen elegantes

(1) Acaso lo que se dice de la fereza de los turcos se debe limitar, ó padecer muchas excepciones. La *Historia de Carlos XII*, rey de Suecia, nos los pinta en muchas ocasiones mucho más humanos y generosos con aquel príncipe, que lo que merecían sus extravagancias, desatenciones y rodamontadas. A un católico, natural y habitador de Chipre, sugeto muy capaz, oí varias veces encarecer su cortesania y moderacion con los cristianos de aquella isla. Decia que están mezclados en todas las poblaciones de ella tantos á tantos, poco más ó menos, turcos con cristianos, teniendo frecuentemente las habitaciones contiguas, sin experimentar de ellos los cristianos la menor vejacion, desprecio, befa ó falta de urbanidad.

versos, aunque redundantes en metáforas pomposas. En la antigüedad fueron celebrados los magos de Persia, que era el nombre que daban á sus filósofos. Tan léjos están de aquella inurbana ferocidad que concebimos en todos los mahometanos, que no hay gente que más se propase en expresiones de civilidad, ternura y amor. Cuando un persa convida á otro con el hospedaje, ó generalmente le quiere manifestar su deferencia y rendimiento, se sirve de estas y semejantes expresiones: «Ruégoo que ennoblezcáis mi casa con vuestra presencia. Yo me sacrifico enteramente á vuestros deseos. Quisiera que de las niñas de mis ojos se hiciese la senda que pisasen vuestros piés.»

En la India oriental no hallamos letras, pero sí más que ordinaria capacidad para ellas. Juan Bautista Tabernier, hablando de unos negros, ó mulatos, que hay en aquella region, llamados canarines, de los cuales se establecen muchos con varios oficios en Goa, en las Filipinas, y otras partes donde hay portugueses y españoles, dice, que los hijos de dichos negros que se aplican á estudiar, adelantan más en seis meses que los hijos de los portugueses en un año, y que esto se lo oyó en Goa á los mismos religiosos que los enseñan. Persuádome á que la primera vez que los portugueses vieron aquellos hombres atezados, creyeron que su razon era tan obscura como su cara, y se juzgarían con una superioridad natural á ellos, poco diferente de aquella que los hombres tienen sobre los brutos. ¡Oh, en cuántas partes de la tierra donde juzgamos la gente estúpida, sucedería acaso lo mismo! Pero queda oculto el metal de su entendimiento, por no examinarse en la piedra de toque del estudio (2).

§ IV.

La mayor injusticia que en esta materia se hace está en el concepto que nuestros vulgares tienen formado de los chinos. ¿Qué digo yo los vulgares? Aun á hombres de capilla ó de bonete, cuando quieren ponderar un gran desgobierno ó modo de proceder ajeno de toda razon, se les oye decir á cada paso: «No pasará esto entre chinos;» lo cual viene á ser lo mismo que colocar en la China la antonomasia de la barbarie. Es bueno esto para la idea que aquella nacion tiene de sí misma; la cual se juzga la mayorazga de la agudeza, pues es proverbio entre ellos, que «los chinos tienen dos ojos, los europeos no más que uno, y todo el resto del mundo es enteramente ciego.»

El caso es que tienen bastante fundamento para creerlo así. Su gobierno civil y político excede al de todas las

(2) El padre Papin, misionero en la India Oriental, en una carta escrita de Bengala, á 18 de Diciembre de 1709, al padre Gobien, de la misma Compañía, que se halla en el tomo ix de las *Cartas edificantes*, habla con admiracion de la habilidad de la gente de aquel país en las artes mecánicas y aun en la medicina. Entre otras muchas particularidades de que hace memoria, dice, que fabrican telas de tan extraña delicadeza, que aunque son muy anchas y largas, pueden sin dificultad enlarse por un anillo, y que dándoles á uno de aquellos obreros una pieza de muselina destrozada ó dividida en dos, juntan las partes con tanta destreza, que es imposible conocer dónde se hizo la union. En orden á la medicina de aquella gente, son muy notables estas palabras de el

demas naciones. Sus precauciones para evitar guerras, tanto civiles como forasteras, son admirables. En ninguna otra gente tienen tanta estimacion los sabios, pues únicamente á ellos confían el gobierno. Esto sólo basta para acreditarlos por los más racionales de todos los hombres. La excelencia de su inventiva se conoce en que las tres famosas invenciones de la imprenta, la pólvora y la aguja náutica, son mucho más antiguas en la China que en Europa, y aun hay razonables sospechas de que de allá se nos comunicaron. Sobresalen con grandes ventajas en cualquier arte á que se aplican; y por más que se han esforzado los europeos, no han podido igualarlos, ni aun imitarlos en algunas (1).

Nada es digno de tanta admiracion como el grande exceso que nos hacen en el conocimiento y uso de la medicina. Sus médicos son juntamente boticarios; quiero decir, que en su casa tienen todos los medicamentos de que usan, los cuales se reducen á varios simples, cuyas virtudes tienen bien examinadas. Ellos los buscan, preparan y aplican. En cuanto á la union de los dos oficios, antiguamente se practicaba lo mismo en todas las naciones, y ojalá se practicase tambien ahora. Son sumamente prolijos en el exámen del pulso. Es muy ordinario detenerse cerca de una hora en explorar su movimiento. Pero es tal la comprehension que tienen, así de esta señal como de la lengua, que, en registrando uno y otro, sin que los asistentes ni el enfermo les digan cosa alguna, pronuncian qué enfermedad es la que padece, qué síntomas la acompañan, el tiempo en que entró, con las demas circunstancias antecedentes y subsiguientes (2).

padre Papin: «Un médico no es admitido á la curacion de el enfermo si no adivina su mal y el humor que predomina en él; lo que ellos conocen fácilmente tentando el pulso. Y no hay que decir que es fácil que se engañen, porque esta es una cosa de que yo tengo alguna experiencia.»

El padre Barbier, misionero jesuita tambien en la India Oriental, refiere el extraordinario ardor con que un indiano mató una horrenda serpiente que infestaba el territorio de Rangamati, más allá de el cabo de Comorin. Esta bestia tenia su habitacion en una montaña, de donde descubria el curso de un rio vecino, y luego que veia navegar en él algun batel, bajaba prontamente al rio, acometia al batel, le trasternaba, y luego devoraba la gente que iba en él. Este estrago duró hasta que un delincuente, condenado á muerte, ofreció librar de él al país como le concediesen la vida. Acetada la oferta, más arriba de donde habitaba el dragon, y donde se le ocultaba el rio, formó unas figuras de hombres de paja, llenando el interior de arpones y grandes garfos; y poniéndolos en una especie de barco, la corriente los fué llevando hasta ponerse á la vista de el dragon; éste se arrojó al agua y á la presa que veia en ella; con que tragando los arpones y garfos, se despedazó las entrañas. (*Cartas edificantes*, tomo xviii.)

(1) El padre Du-Halde, en el tomo ii de su grande *Historia de la China*, página 47, dice, que aunque la pólvora es antigua en la China, no usaban de ella sino para los fuegos de artificio, ignorando enteramente su uso en los cañones. Sin embargo, añade, que á las puertas de Nan-kin habia tres ó cuatro bombardas cortas, bastantemente antiguas, para hacer juicio de que algun tiempo tuvieron poco ó mucho conocimiento de la artillería. Lo que es cierto es, que todos los cañones que hoy tienen los deben á artifices europeos; con que, si en la antigüedad conocieron el arte, enteramente lo habian perdido.

(2) En orden á la medicina de los chinos, el padre Du-Halde dice que su teórica es muy defectuosa, sus principios físicos inciertos y oscuros, su ciencia anatómica casi ninguna; pero no les niega su conocimiento de muchos remedios muy útiles. Por lo que mira al conocimiento de el pulso, confirma lo que hemos di-

Bien veo que esto se hará increíble á nuestros médicos; pero las varias relaciones que tenemos de la China, algunas escritas por misioneros ejemplarísimos, están en este punto tan constantes, que sin temeridad no se les puede negar el asenso. Aun cuando á mí me hubiera quedado alguna duda, me la habria quitado el ilustrísimo señor don José Manuel de Andaya y Haro, dignísimo prelado de esta santa iglesia de Oviedo, que me confirmó esta noticia, con las experiencias que tenia de un médico chino que trató en Manila, capital de las Filipinas, y de quien su ilustrísima me refirió maravillas, así en orden al pronóstico como en orden á la curacion. Persuádome á que algunos médicos de la corte tendrán el libro de Andrés Cleyer, protomédico de la Batavia india, *De Medicina Chimensium*, impreso en Ausburg, de que da noticia el *Diario de los Sabios* de Paris del año 1682, donde podrán ver más por extenso esta noticia.

Siendo tan sabios los médicos de la China en la práctica de su arte, no son ménos sabios los chinos en la

cho en el número citado. Pondré aquí el pasaje, aunque algo largo, traducido literalmente, porque algunos lectores han dificultado el asenso á lo que hemos escrito sobre esta materia. Está en el tomo iii, página 582.

«Toda su ciencia consiste en el conocimiento de el pulso y en el uso de los simples, de que tienen gran cantidad, y que, segun ellos, están dotados de virtudes singulares para curar las enfermedades. Ellos pretenden conocer, por sólo el movimiento de el pulso, el origen de el mal y en qué parte de el cuerpo reside. En efecto, los que entre ellos son hábiles descubren ó pronostican muy exactamente todos los síntomas de una enfermedad; y esto es lo que hizo principalmente tan famosos en el mundo los médicos de la China.

«Cuando son llamados para algun enfermo, apoyan lo primero el brazo sobre una almohada; aplican luego los cuatro dedos á lo largo de la arteria, ya blandamente, ya con fuerza. Detiennense largo tiempo á examinar las pulsaciones y á notar las diferencias, por imperceptibles que sean; y segun el movimiento más ó ménos veloz ó tardó, más ó ménos lleno ó disminuido, más uniforme ó ménos regular, que observan con la mayor atencion, descubren la causa de el mal; de suerte que, sin hacer pregunta alguna al enfermo, le dicen en qué parte de el cuerpo siente dolor, en la cabeza ó en el estómago, vientre, hígado ó bazo, y le pronostican cuándo se aliviará la cabeza, cuando recobrará el apetito, cuándo cesará la incomodidad.

«Yo hablo de los médicos hábiles, y no de otros muchos que no ejercen la medicina sino por tener de qué vivir, y que carecen de estudio y experiencia. Pero es cierto, y no se puede dudar, despues de tantos testimonios como hay, que los médicos chinos han adquirido en esta materia un conocimiento que tiene algo de extraordinario y asombroso.

«Entre muchos ejemplos que pudiera alegar en prueba, no referiré más que uno sólo. Un misionero cayó enfermo en las prisiones de Nan-kin. Los cristianos, que se veían en riesgo de perder su pastor, solicitaron á un médico de fama para que le visitase. Rindióse á sus instancias, aunque con alguna dificultad. Vino á la prison, y despues de considerar bien al enfermo y tentado el pulso con las ceremonias ordinarias, al instante compuso tres medicinas, que le ordenó tomase, una de mañana, otra una hora despues de mediodía, y otra á la noche. El enfermo se halló peor la noche siguiente, perdió el habla, y los asistentes le creyeron muerto; pero á la mañana se hizo una mutacion tan grande, que el médico, pulsándole, dijo que estaba curado, y que no necesitaba ya sino guardar cierto régimen durante la convalecencia; en efecto, por este medio fué perfectamente restablecido.

Los que saben que el padre Du-Halde escribió su grande *Historia de la China* sobre gran multitud de memorias, las más exactas y justas venidas de aquel imperio, y que el venerable padre Contancin, que vino á Paris despues de treinta y un años de estancia en la China, la revió toda dos veces, ántes de darse á la prensa, harán de este testimonio el aprecio que es justo.

práctica que observan con sus médicos. Si el médico, despues de examinados el pulso y la lengua, no acierta con la enfermedad ó con alguna circunstancia suya, lo que pocas veces sucede, es despedido al punto como ignorante, y se llama otro. Si acierta, como es lo comun, se le fia la curacion: Trae luégo de su casa un costalillo de simples, cuyo uso arregla en el *cuándo* y en el *cómo*. Acabada la cura, se le paga legítimamente, así el trabajo de la asistencia como el coste de los medicamentos. Pero si el enfermo no convalece, uno y otro pierde el médico; de modo que el enfermo paga la curacion cuando sana, y el médico su impericia cuando no le cura. ¡Oh si entre nosotros hubiese la misma ley! Ya Quevedo se quejó de la falta de ella, sin saber que se practicase en la China; y aunque lo hizo como entre burlas, pienso que lo sentia muy de veras.

Generalmente podemos decir á favor de la Asia, que esta parte del mundo fué la primera patria de las artes y las ciencias. Las letras tuvieron su nacimiento en la Fenicia; de allí vinieron á Egipto y Grecia, como el conocimiento de los astros á una y otra parte vino de Caldea.

§ V.

Por lo que mira á la África, no tenemos más que echar los ojos á que allí nacieron un Cipriano, un Tertuliano y, lo que es más que todo, un Augustino; á que en la pericia militar, más superiores fueron un tiempo los africanos á los españoles, que hoy los españoles á los africanos. Méno sangre les costó á los cartagineses algun dia la conquista de toda España, que despues acá á los españoles la de unos pequeños retazos de la Mauritania. El suelo y el cielo los mismos son ahora que entónces, y por tanto capaces de producir iguales genios. Si les falta la cultura, no es vicio del clima, sino de su inaplicacion. Fuera de que, acaso no son tan incultos como se imagina. El padre Buffier, en el librito que intituló *Examen des prejuges vulgaires*, copió la arenga de un embajador de Marruecos al gran Luis XIV, la cual está tan elocuente y oportuna como si la hubiera formado un discreto europeo.

§ VI.

El concepto que desde el primer descubrimiento de la América se hizo de sus habitantes, y aún hoy dura entre la plebe, es, que aquella gente no tanto se gobierna por razon quanto por instinto, como si alguna circe, peregrinando por aquellos vastos países, hubiese transformado todos los hombres en bestias. Con todo, sobran testimonios de que su capacidad en nada es inferior á la nuestra. El ilustrísimo señor Palafox no se contenta con la igualdad; pues en el memorial que presentó al Rey en favor de aquellos vasallos, intitulado *Retrato natural de los indios*, dice que nos exceden. Allí cuenta de un indio, que conoció su ilustrísima, á quien llamaban *Seis-oficios*, porque otros tantos sabía con perfeccion. De otro, que aprendió el de organero en cinco ó seis dias, sólo con observar las operaciones del maestro, sin que este le diese documento alguno. De otro, que en quince dias se hizo organista. Allí refiere tam-

bien la exquisita sutileza con que un indio recobró el caballo que acababa de robarle un español. Aseguraba este, reconvenido por la justicia, que el caballo era suyo habia muchos años. El indio no tenia testigo alguno del robo: viéndose en este estrecho, prontamente echó su capa sobre los ojos del caballo, y volviéndose al español, le dijo, que ya que tanto tiempo habia era dueño del caballo, no podia ménos de saber de qué ojo era tuerto; así, que lo dijese. El español, sorprendido y turbado, á Dios y á dicha respondió que del derecho. Entónces el indio, quitando la capa, mostró al juez y á todos los asistentes que el caballo no era tuerto ni de uno ni de otro ojo; y convencido el español del robo, se le restituyó el caballo al indio.

Apénas los españoles, debajo de la conducta de Cortés, entraron en la América, cuando tuvieron muchas ocasiones de conocer que aquellos naturales eran de la misma especie que ellos, é hijos del mismo padre. Léense en la *Historia de la conquista de Méjico* estratagemas militares de aquella gente, nada inferiores á las de cartagineses, griegos y romanos. Muchos han observado que los criollos, ó hijos de españoles, que nacen en aquella tierra son de más viveza ó agilidad intelectual que los que produce España. Lo que añaden otros, que aquellos ingenios, así como amanecen más temprano, tambien se anochecen más presto, no sé que esté justificado.

Es discurrir groseramente hacer bajo concepto de la capacidad de los indios, porque al principio daban pedazos de oro por cuentas de vidrio. Más rudo es que ellos, quien por esto los juzga rudos. Si se mira sin prevenicion, más hermoso es el vidrio que el oro, y en lo que se busca para ostentacion y adorno, en igualdad de hermosura, siempre se prefiere lo más raro. No hacian, pues, en esto los americanos otra cosa que lo que hace todo el mundo. Tenian oro, y no vidrio; por eso era entre ellos, y con razon, más digna alhaja de una princesa un pequeño collar de cuentas de vidrio que una gran cadena de oro. Un diamante, si se atiende al uso necesario, es igualmente útil que una cuenta de vidrio; si á la hermosura, no es mucho el exceso. Con todo, los asiáticos venden por millones de oro á los europeos un diamante que pesa dos onzas. ¿Por qué esto, sino porque son rarísimos? Los habitantes de la isla Formosa estimaban más el azófar que el oro, porque tenian más oro que azófar, hasta que los holandeses les dieron á conocer la grande estimacion que en las demas regiones se hacia de aquel metal. Si en todo el mundo hubiese más oro que azófar, en todo el mundo sería preferido este metal á aquel. Aportando el año de 1605 el almirante holandés Cornelio Matelief al cabo de Buena Esperanza, le dieron aquellos africanos treinta y ocho carneros y dos vacas por un poco de hierro que no valia de veinte sueldos arriba; y lo bueno es, que quedaron igualmente satisfechos de que habian engañado á los holandeses, que estos de que habian engañado á los africanos. Tenian sobra de ganado y falta de hierro. Si acá hubiese la misma sobra y la misma falta, se compraria el hierro al mismo precio.

El padre Lafitau, misionero jesuita, que trató mucho tiempo aquellos pueblos de la América Septentrional, á

quienes, por estar reputados por más bárbaros que los demas, llaman salvajes, encarece en gran manera su gobierno y policia, comparándolos en todo con los antiguos lacedemonios. Es tambien, lo que se admirará más, gran panegirista de su elocuencia; llegando á decir que hay tal cual entre ellos, cuyas oraciones pueden correr parejas, y aún acaso exceder, á las de Ciceron y Demóstenes. En las *Memorias de Trevoux*, año 1724, artículo 106, se halla la relacion del padre Lafitau. Puede ser que en esto haya algo de hipérbole; pero no tiene duda que se hace muy diferente juicio de las cosas miradas de cerca que de léjos (1).

Padece nuestra vista intelectual el mismo defecto que la corpórea, en representar las cosas distantes menores de lo que son. No hay hombre, por gigante que sea, que á mucha distancia no parezca pigmeo. Lo mismo que pasa en el tamaño de los cuerpos, sucede en la estatura de las almas. En aquellas naciones que están muy remotas de la nuestra, se nos figuran los hombres tan pequeños en línea de hombres, que apénas llegan á racionales. Si los considerásemos de cerca, haríamos otro juicio.

§ VII.

Opondrámeme acaso que las absurdísimas opiniones que en materia de religion padecen los más de los pueblos de Asia, África y América, mucho más la carencia de toda religion, que se ha observado en algunos, nos precisan á hacer bajísimo juicio de sus talentos.

Respondo, lo primero, que aunque los errores en materia de religion son los peores de todos, no prueban absolutamente rudeza en los hombres que dan asenso á ellos. Nadie ignora que los antiguos griegos y romanos eran muy hábiles para ciencias y artes. Con todo, ¡qué gente más fuera de camino en cuanto al culto! Adoraban dioses adúlteros, pérfidos, malignos: Roma, que, como dice san Leon, dominaba á todas las naciones,

(1) Lo que dice el padre Sebastian Rasles, misionero en la Nueva Francia, parte de la América Septentrional, de la habilidad de los ilineses, que es una de las naciones de la Nueva Francia, es cosa de asombro, y puede persuadirnos á que nada tiene de hiperbólico lo que de la gente de aquellas partes refiere el padre Lafitau. Es costumbre deliberar sobre los negocios más importantes al público, en los convites. El padre Rasles se halló en uno de ellos, que costeaba el jefe principal de una poblacion de trecientas cabañas, con cuya ocasion refiere como testigo lo siguiente: «Luégo, dice, que arribaron todos los convidados, se sentaron con orden, unos en la tierra desnuda, otros sobre esteras. Entónces el jefe se levantó y empezó su arenga. Yo os confieso que admiré su afluencia, la exactitud y fuerza de las razones que propuso, el aire elocuente que les dió, la eleccion y delicadeza de las expresiones con que adornó su discurso. Estoy persuadido á que si yo hubiese escrito lo que nos dijo de repente y sin preparacion alguna, convendria sin dificultad en que los más hábiles europeos, despues de mucha meditacion y estudio, no podrian componer un discurso más sólido ni más bien colocado.» (*Cartas edificantes*, tomo xxiii.)

Lo que testifica el padre Chome de la lengua de los guaranes, nacion de la América Meridional, donde ejerció el ministerio de misionero, creo infiere más que mediana capacidad en aquella gente. «Confiésoos, dice, que despues que me hice algo capaz de los misterios de esta lengua, me admiré de hallar en ella tanta majestad y energía. Cada palabra es una difinicion exacta de la cosa que quiere exprimir, y da una idea clara y distinta de ella.» Añade luégo que no cede en nobleza y armonía á ninguno de los idiomas que él habia aprendido en Europa.

era dominada de los errores de todas. En empezando el hombre á buscar la deidad fuera de sí misma, no hay que hacer cuenta de la mayor ó menor capacidad, porque anda tambien fuera de sí misma la razon. Para quien camina á obscuras es indiferente el mayor ó menor precipicio, porque no los ve para medirlos. Y aún no sé si empezando á errar, se descamina más el que más alcanza; porque en punto de religion, supuesto el primer yerro, fácilmente se confunde lo misterioso con lo ridículo, y afecta la sutileza hallar algunas señas recónditas de divinidad en lo que más dista de ella, segun el juicio comun.

Respondo, lo segundo, que no podemos asegurarnos de que la idolatria de várias naciones sea tan grosera como se pinta. En orden á los antiguos idólatras, ya algunos eruditos esforzaron bien esta duda, proponiendo sólidos fundamentos para pensar, que en el simulacro no se adoraba el tronco, el metal ó el mármol, sino algun númen que se creia huésped en ellos. Verdaderamente parece increíble que un estatuario, como le pinta graciosamente Horacio en una de sus sátiras, enarbolada la hacha con una mano, asido un tronco con la otra, perplejo sobre si haria un Priapo ó un escaño, considerase en sí mismo la autoridad que era menester para fabricar una deidad.

Lo mismo digo de los ídolos animados. ¿Cómo he de creer que los egipcios, que fueron algunos siglos el reservatorio de las ciencias, tuviesen por término último de la adoracion unas viles sabandijas, y aún los mismos puerros y cebollas, como dice de ellos Juvenal con irrision irónica, que les nacian en los huertos? *O sanctas gentes, quibus hæc nascuntur in hortis numina!* Más razonable es pensar que aquella nacion, que era igualmente inclinada á representar todas las cosas con enigmas y símbolos, adorase en aquellas viles criaturas alguna mística significacion que les daban, y que el culto fuese respectivo, y no absoluto. Lo mismo que de aquella nacion, se puede discurrir de otras, así en aquel tiempo como en este.

Confirmame en este pensamiento lo que leí de la supersticion que reina en la isla de Madagascar. Adoran sus habitadores un grillo, criando cada uno el suyo con gran cuidado y veneracion. En una expedicion que hicieron cuatro bajeles franceses, el año de 1665, para la India Oriental, entraron de tránsito en la isla de Madagascar. Sucedió que un frances curioso, advertido de la extravagante supersticion de aquellos isleños, preguntó á uno de los que entre ellos eran venerados por sabios, ¿qué fundamento tenian para adorar á un animal tan vil? Respondió éste que en el efecto adoraban el principio, esto es, en la criatura el Criador, y que era menester determinar la adoracion á un sugelo sensible para fijar el espíritu. ¿Quién esperaria un concepto tan delicado en aquel país? No niego que la respuesta no le redime de supersticioso; pero le pone muy léjos de insensato. Si reconviniésemos á los antiguos egipcios, creo nos responderian en la misma substancia.

En cuanto á los pueblos que carecen de religion, es harto dudoso que haya alguno tal en el mundo. Los viajeros que los aseguran, es de creer que, ó por falta de suficiente trato, ó por no entender bien el idioma, no

penetraron su mente. Clama toda la naturaleza la existencia del Criador, con tan sonoros gritos, que parece imposible que la razon más dormida no despierte á sus voces.

§ VIII.

Apénas, pues, hay gente alguna que, examinado su fondo, pueda con justicia ser capitulada bárbara. No negaré por tanto que no haya entre determinadas naciones alguna desigualdad en orden al uso del discurso. Sé que este depende de la disposicion del órgano, y en la disposicion del órgano puede tener su influjo el clima en que se nace. Pero si se me pregunta qué naciones son las más agudas, responderé, confesando con ingenuidad que no puedo hacer juicio seguro. Veo que las ciencias florecieron un tiempo entre los fenices, otro entre los caldeos, otro entre los egipcios, otro entre los griegos, otro entre los romanos, otro entre los árabes. Despues se extendieron á casi todos los europeos. Entre tanto que á cada tierra no le tocaba el turno de la circulación, eran tenidos los habitantes de ella por rudos. Despues se vió que no entendian ni adelantaban ménos que los que tuvieron la dicha de ser los primeros. Acaso si el mundo dura mucho y hay grandes revoluciones de imperios (porque Minerva anda peregrina por la tierra, segun el impulso que le dan las violentas agitaciones de Marte), poseerán las ciencias en grado eminente los iroqueses, los lapones, los trogloditas, los garamantes y otras gentes á quienes hoy con desden y repugnancia admitimos por miembros de nuestra especie; de modo que, por la experiencia, apénas podemos notar desigualdad de ingenio en las naciones.

Mucho ménos por razones físicas. Muchos han querido establecer esta desigualdad á proporcion del predominio de las cualidades elementales que reinan en diferentes países. Comunmente se dice que los climas húmedos y nebulosos producen espíritus groseros; al contrario los puros, secos y despejados. Aristóteles se declaró á favor de las tierras ardientes. Lo primero probaria que los holandeses y venecianos son muy rudos, pues aquellos viven metidos en charcos, y estos habitan el mismo golfo á quien dieron nombre. Lo segundo, que los negros de Angola son más agudos que los ingleses; y no sé que ningun hombre razonable haya de conceder ni una ni otra consecuencia. Pero no es menester detenernos en esto, pues ya mostramos (*) largamente que no puede inferirse desigualdad en el discurso, del predominio que tiene en el temperamento ninguna de las cualidades sensibles. Por lo cual, es preciso confesar que el influjo que el país natalicio puede tener en esto, viene de más oculta causa, innaccesible á nuestro conocimiento, ó por lo ménos no comprendida hasta ahora.

Cuando digo que por la experiencia apénas podemos notar desigualdad de ingenio en las naciones, debe entenderse en cuanto á las cualidades esenciales de penetracion, solidez y claridad, no en cuanto á los accidentes de más veloz ó más tardo, más suelto ó más detenido; porque en cuanto á esto, es visible que unas naciones exceden á otras. Así es claro que los italianos y los fran-

(*) Se refiere á la *Defensa de las Mujeres*, página 51.

ceses son más ágiles que los españoles, y dentro de España hay bastante diferencia de unas á otras provincias. En esta de Asturias se notan, por lo comun, genios más despejados, por lo ménos para la explicacion, que en otros países, cuya experiencia basta para disuadir aquella general aprehension de que los países muy lloviosos producen almas torpes; siendo cierto que á esta tierra el cielo más la inunda que la riega, y con verdad la podríamos llamar:

Nimborum patriam, loca fata furentibus austris.

Pero si entre las naciones de Europa hubiese yo de dar preferencia á alguna en la sutileza, me arrimaria al dictámen de Heideggero, autor alemán, que concede á los ingleses esta ventaja. Ciertamente la Gran Bretaña, desde que se introdujo en ella el cultivo de las letras, ha producido una gran copia de autores de primera nota. Sólo el referir los que dió á las dos religiones benedictina y seráfica sería muy fastidioso. Pero no callaré que cada una de estas dos religiones le debe tres estrellas de primera magnitud. La primera el venerable Beda, el famoso Alcuino y el célebre calculador Suiset. La segunda, Alejandro de Alés, el sutil Scoto y su discípulo Guillermo Ockan. Con esta reflexion de Cardano (*De subtilit.*, lib. xvi, *De scient.*), que entre los doce ingenios más sutiles del mundo gradúa en cuarto y quinto lugar al sutil Scoto y al calculador, de quienes dice: *Barbarus ingenio nobis haud esse inferiores, quandoquidem sub Brumæ celo, divisa toto orbe Britannia duos tam clari ingenii viros emisserit.*

Tampoco callaré que en un tiempo, en que en las demas naciones de Europa apénas se sabia qué cosa era matemática, tuvieron las dos religiones dichas ilustrísimos matemáticos ingleses. En la seráfica fué celebrísimo Rogerio Bacon, que por razon de sus admirables y artificiosísimas operaciones fué sospechoso de magia, y dicen algunos autores que fué á Roma á purgarse de esta sospecha. El vulgo fingió de él lo mismo que de Alberto Magno; esto es, haber fabricado una cabeza de metal que respondia á cuanto le preguntaban. No fué ménos famoso en la benedictina Oliverio de Malmesbury, de quien Juan Pitseo refiere que alcanzó el arte de volar, aunque no con tanta felicidad, que pasase de ciento y veinte pasos. Mas al fin ninguno otro hombre llegó á tanto.

En las cosas físicas dió Inglaterra más número de autores originales que todas las demas naciones juntas. Y así, los franceses, con ser tan celosos del crédito de los ingenios de su nacion, confiesan á los ingleses la ventaja del espíritu filosófico. Sin temeridad se puede decir que cuanto de un siglo á esta parte se adelantó en la física, todo se debe al canciller Bacon. Este rompió las estrechas márgenes en que hasta su tiempo estuvo aprisionada la filosofía; éste derribó las columnas que con la inscripcion *Non plus ultra* habian fijado tantos siglos á la ciencia de las cosas naturales. El doctísimo Pedro Gasendo no fué otra cosa que un fiel discípulo de Bacon, que lo que éste habia dicho sumariamente, lo repitió en sus excelentes escritos filosóficos, debajo de otro método más extendido. Lo que dijo Descartes de bueno, de Bacon lo sacó. Despues de Bacon son tambien gran-

des originales Roberto Boile y el sutilísimo caballero Newton, dejando á Juan Loke, al caballero Digby y otros muchos. Pero la viveza de sus ingenios tiene la desgracia que reparó su mismo Bacon; pues una vez que se apartaron de la verdadera senda, tanto más velozmente se han extraviado, cuanto más vivamente han discurrido. Aunque no falta en Inglaterra (despues que la afeó á herejía) un Tomas Moro, célebre en las ciencias, y aún más célebre por su católica constancia.

Tambien diré que en los filósofos ingleses he visto una sencilla explicacion y una franca narrativa de lo que han experimentado, desnuda de todo artificio, que no es tan frecuente en los de otras naciones. Señaladamente en Bacon, en Boile, en el caballero Newton y en el médico Sidenham, agrada el ver cuán sin jactancia dicen lo que saben, y cuán sin rubor confiesan lo que ignoran. Este es carácter propio de ingenios sublimes.

¡Oh desdicha, que tenga la herejía sepultadas tan bellas luces en tan tristes sombras!

Para complemento de este discurso, y en obsequio de los curiosos, pongo aquí la siguiente tabla, sacada del segundo tomo de la *Specula phisico-mathematico-historica* del padre premonstratense Juan Zahn, donde se pone delante de los ojos la diversidad que tienen en ingenios, vicios y dotes de alma y cuerpo, las cinco principales naciones de Europa. El citado autor, que es alemán, la propone como arreglada al sentir comun de las naciones. Pero yo no salgo por fiador de su verdad en todas sus partes, y en especial le hallo poco verídico en lo que dice de los españoles; pues no son en el cuerpo horrendos, ni en la hermosura demonios, ni en la fidelidad falaces; ántes bien en los cuerpos y hermosura son airosos y en la fidelidad firmes.

| | ALEMÁN. | ESPAÑOL. | ITALIANO. | FRANCÉS. | INGLÉS. |
|--------------------------------------|-------------------------|---------------|-----------------|--------------------|-----------------|
| En el cuerpo. . . . | Robusto. | Horrendo. | Débil. | Agil. | Delicado. |
| En el ánimo. . . . | Oso. | Elefante. | Zorra. | Aguila. | Leon. |
| En el vestido. . . . | Mono. | Modesto. | Lúgubre. | Proteo. | Soberbio. |
| En costumbres. . . . | Sério. | Grave. | Fácil. | Ostentador. | Suave. |
| En la mesa. | Ebrio. | Fastidioso. | Sobrio. | Delicado. | Guloso. |
| En la hermosura. | Estatua. | Demonio. | Hombre. | Mujer. | Angel. |
| En la conversacion. | Aulla. | Habla. | Delira. | Canta. | Llora. |
| En los secretos. . . . | Olvidadizo. | Mudo. | Taciturno. | Hablador. | Infel. |
| En la ciencia. . . . | Jurista. | Teólogo. | Arquitecto. | Algo de todo. | Filósofo. |
| En la fidelidad. . . . | Fiel. | Falaz. | Sospechoso. | Ligero. | Pérido. |
| En los consejos. . . . | Tardo. | Cauto. | Sutil. | Precipitado. | Imprudente. |
| En la religion. . . . | Supersticioso. | Constante. | Religioso. | Zeloso. | Mudable. |
| Magnificencia. . . . | En las fortificaciones. | En las armas. | En los templos. | En los palacios. | En las armadas. |
| En el matrimonio el marido es. . . . | Señor. | Tirano. | Carcelero. | Compañero. | Vasallo. |
| La mujer es. | Alhaja doméstica. | Esclava. | Prisionera. | Señora. | Reina. |
| El criado es. | Compañero. | Sujeto. | Obsequioso. | Criado. | Esclavo. |
| Enfermedades que padece. | Gota. | Todas. | Peste. | Infeccion venérea. | El lupo. |
| En la muerte es. . . . | Desembarazado. | Generoso. | Desesperado. | Violento. | Presuntuoso. |